



CAPÍTULO III.

EL NOVICIO DE SEGUNDO AÑO

- I. El bienio de la Compañía.—Hace Berchmans los votos de devoción.—Su padre se ordena de sacerdote.
- II. Entrégase Juan al ejercicio de las sólidas virtudes.—Guerra á la honra con palabras y hechos.—Pareceres de sus connovicios.—Cómo miraba por la honra ajena.
- III. Guerra á la sensualidad.—Su frugalidad extremada.—Con la obediencia nivela su mortificación.—Dominio de su persona.—Visos de su pureza.—Su sueño.
- IV. Guerra á la propia voluntad.—Estima de la obediencia.—Caso de regularidad.—Exactitud en el levantarse.—Silencio.—Testimonio ilustre.

I

EL noviciado en la religión es fragua espiritual donde se forja y labra el espíritu de sus alumnos. El espíritu que la Compañía pide á los suyos ha de ser vigoroso y á toda prueba, para sostener el peso de los ministerios que según su instituto deben abrazar con el tiempo. Ni le basta un año de probación, como al común de las religiones; dos años enteros necesitan sus reclutas consumir en perpetuos ejercicios de devoción, de humillación, de subordinación, que los acostumbren á quebrantar los bríos del amor propio, á fin de que, depuestas las máximas y aficio-

nes de mundo, se armen y vistan de Cristo y de su espíritu, y emprendan después con provecho el divinísimo ministerio del apostolado. Cuando la religión queda satisfecha de las pruebas del candidato, si éste persevera en sus buenos intentos, al fin de los dos años le admite en su seno y le otorga los votos simples que le marcan por substancial y verdaderamente religioso.

Pero el instituto de la Compañía, que despide en cada página el suavísimo olor de la benignidad evangélica, no sufre ver en apreturas el anhelo de los novicios. A los que prueban mejor suele concederles el consuelo de hacer, terminado el primer año, los votos de devoción, que los unen y obligan realmente con Dios, pero no con la religión. Esta, aunque no los acepta por tales, de pura gracia los permite como ocasión de mayor merecimiento, y en prenda del gusto con que aplaude la observancia regular. El Hermano Berchmans había salido perfectamente vaciado en el molde de las Constituciones al cabo del primer año; y por dar algún lenitivo al sentimiento de la tardanza, y por remunerar la verdad de sus deseos, leído que hubo por tercera vez las Letras apostólicas, el Examen de las Constituciones y las Reglas de la Compañía, le concedieron los superiores que hiciese, como hizo, á Dios nuestro Señor privadamente, en el secreto de su corazón, los votos de pobreza, castidad y obediencia en la Compañía de Jesús y de vivir en ella hasta el fin de sus días. Esta promesa, rubricada con su firma, la puso en manos del P. Sucquet.

Para colmo de consuelo, quiso nuestro Señor regalar su alma con un gozo inestimable. A los cuatro meses, el 24 de Enero (1618) recibió su padre la primera tonsura, á 9 de Marzo se ordenó de me-

nores, de epístola el día siguiente, de evangelio el último del mes, y por fin, á los 14 de Abril del mismo año fué elevado al sacerdocio, y provisto inmediatamente en la Colegiata de San Sulpicio, siendo admitido entre sus ejemplares canónicos.

Ya el día 11 de Marzo, Adriano, hermano de nuestro Juan, había también recibido la tonsura y andaba en pensamientos de abrazar la sagrada Orden de Padres Agustinos, donde, según parece por varios indicios, entró algo más adelante. Todos estos eran generosos alientos provocados por el ejemplo de nuestro Santo. ¡Cuán entrañable fué su contento cuando por vez primera tuvo noticia de que ya podía venerar en su padre al ministro del Altísimo! Cuántas veces allá en el rincón de su aposento, aspirando con nuevas ansias á más encumbra da perfección, se acordaría de su padre y de su hermano, y bañados en tierno llanto los ojos, convidaría á los santos sus abogados, á rendir gracias á la Reina del cielo por la mucha mano que en tales transformaciones había tenido!

II

ENTONCES, sí, libre ya de lazos y pihuelas que le pudieran retener, esta paloma pura y amorosa comenzó á hacer nuevos visos, y á tomar vuelo más remontado por el firmamento de las virtudes. ¿En qué actos no se extremó en una edad en que el común de los principiantes apenas acierta á domar pasiones, á desarraigar siniestros? ¿Quién le aventajó en ofrecer generosos sacrificios de la honra, regalo y libertad? ¿Qué digo aventajar?

¿Quién no halló en él materia de imitación y de pasmo?

Si por humildad comenzamos, fundamento del edificio espiritual, ¿qué pruebas halló en el noviciado que hartaran el hambre de anonadarse y abatirse á los pies de todos? Era de ordinario su calzado y vestido el más deslucido y remendado, ni había para qué requerir prendas lustrosas ó superfluas en su aposento y persona. Solía decir con gracia: *En realidad de verdad, tan bien me cae una prenda usada, como una nueva; pero confieso que una sotana raída se ajusta mejor al talle de mi sensualidad.* ¹ Por sí mismo se remendaba los vestidos, y con ellos más se arrebuja y revolvió que cubría y aseaba; aun revuelto y todo, parecía muy bien y le lucía mucho el remiendo.

Su frente siempre serena despedía rayos de vivo alborozo el día que alguno de fuera le cogía de improviso en una ocupación vil y despreciada á los ojos del mundo, mayormente si conocía que le daban vaya y cantaleta por ello; hablando consigo mismo se zahería con este donaire: No oyes, señor asnillo? parece que te zumban lindamente: pues ánimo y buen provecho.—A persuasión de su bajo concepto, creía que sólo la gran caridad de la Compañía había sido poderosa para admitirle: *Este motivo, añadía, me obliga á tenerme por el menor de todos sus hijos.*—Cuando alguno sin bastante razón le avisaba, tomaba en silencio el aviso como si fuera culpable. Preguntado en cierta ocasión, tocante á la vida de un santo, si temía los asaltos de la soberbia, respondió: *Por la bondad de Dios, no tengo mucho por qué temer á esa malabestia*—queriendo significar que, según la ba-

¹ Proc. rom., pág. 356.

jísima opinión de su persona, no había en toda ella cosa en que pudiera cebarse el apetito de la honra.

A su humildad rinden homenaje los connovicios. El Hermano Buyre la celebra por estas palabras: *Los oficios bajos, la ropa vieja, todas las cosas que servían para apagar su sed insaciable de apocarse, le regocijaban y hacían saltar de placer. Hablándome un día me dijo: la fina humildad está en huir de pasar por humilde. Solía llamar traje de bodas una sotana remendada. Tomaba solaz conmigo una vez, por verme con un vestido muy gastado, y me decía con muestras de gozo y cariño: No hay miedo, Hermano, que le echen de la sala del convite, pues lleva el traje de bodas.* ¹

A puras instancias, añade Nicolás Gregorio, *consiguió la gracia, entre los fervorosos disputada, de cuidar de las luces. Aderezándolas estábamos un día de rodillas, y el bendito Hermano, con aquella boca de risa, con que pareció hacer interiormente burla de sí propio, clavados en el cielo los ojos exclamaba: con qué contento haría yo este oficio en medio de la plaza mayor.* Y advierte el padre Hosquío, que para llegar al cargo de lamparero era menester pedirlo con anticipación, por ser muchos los pretendientes de este humilde oficio; pero el Hermano Juan hallaba arte de andar á todas horas con mandil y estropajo á vueltas con las lámparas, pregonando la modestísima afición de su alma ².

Quien tan codicioso era de humillaciones propias, á título de verdadero humilde, había de ser escudo y capa de humillaciones ajenas. En sus

¹ Proc. de Amb., pág. 197.

² Proc. rom., pág. 357.

labios tenían todos puesta en seguro la honra. En saliendo al público defectos de otros, luego había de sacar la cara por el censurado, ó echaba la plática á otra parte, ó si no con el silencio condenaba por impertinente la conversación. Como amigo de la pura y sencilla verdad, respondía siempre sin hiel de malicia y sin doblez, resplandeciendo sobre todo en sus respuestas el vilísimo concepto de sí. Nunca supo qué cosa fuese zumbar, ni apodar, ni zaherir, ni reprender; bien que su ejemplo era viva y continua reprensión aun á los menos distraídos.

III

Si con este denuedo aterraba y vencía el apetito de la honra, con qué vigor abatiría el del regalo, tanto más de temer cuanto más blando y pegajoso? Sabía bien que una parte y no pequeña del aprovechado novicio es la mortificación exterior, que niega al cuerpo las comodidades aun permitidas. La práctica de esta virtud ya desde el noviciado la juzgó de gran momento para quien se cría para apóstol. Contra todas las cosas de regalo tenía siempre desenvainada la espada del rigor. Su abstinencia, no obstante el cuidado de los superiores, era un ayuno continuo, que para sus años y temperamento parecía insoportable. En el examen de conciencia de cada día, ninguna vez tuvo que echarse en cara el haber faltado á la templanza, con tomarse de ella estrechísima cuenta. Declaró al Padre Maestro, que no se acordaba de comer sino cuando la campana llamaba

al refectorio ¹. En la mesa, de la porción que le caía cercenaba el mejor bocado, considerando junto á sí á Nuestro Señor en actitud de pedirle limosna, y para dar más guerra y trabajo al apetito, no tocaba en ningún manjar antes de haberse recogido por espacio de un Padre nuestro. Industria muy suya era dejar el plato á medio tomar en pasándole otro plato; sobre esto le cargó la mano el Padre Provincial en la visita del noviciado, según que se lo hizo confesar el Hermano Jenin. —*Estaba yo, dice, junto al Hermano Berchmans, y teniendo bien conocido su afán de mortificarse sin compasión, quedé un día atónito de verle comer desde el principio de la mesa hasta la señal de acabar. Al punto dije para mí que allí se atravesaba sin duda la obediencia, pero deseoso de sacar la verdad en claro, se lo pregunté directamente á él, quien me respondió con lisura: Bien es cierto que yo tenía antes la costumbre de dejar parte de la ración hecha; más habiéndome sido últimamente mandado por el Rdo. Padre Provincial que deje limpios los platos, por no faltar á la obediencia cómo cuanto puedo, sin por eso comer más apresada. Si me dan tiempo de acabarlo todo, cumplo con la orden de su Reverencia; si dan señal de acabar antes de haber yo concluido, acabo obedeciendo, puesto que la segunda obediencia me dispensa de la primera.*

Con el conato de negarse los gustos, hizose muy superior á las blanduras de la naturaleza, porque, olvidado del cuerpo, sólo pensaba en apacentar el alma con el sabor de lecturas espirituales. Mucho menos se le oyó criticar lo desabrido

¹ Proc. de Amb., pág. 173.

de los manjares cuando la comida no estaba sazónada; hieles le eran los deleites y regalos los trabajos. El rigor de la mortificación le causó por algún tiempo enojosas tentaciones de sueño, pero con la ordinaria cautela de morderse los labios y de pellizcarse los brazos hasta ponérselos cárdenos, sacudía la vejación. Cuando alguno se le quejaba de molestia semejante, le descubría luego el secreto, y daba certificación de su indubitable eficacia. En esta materia tenía por axioma, que no corre peligro de desbarrar quien toma siempre partido contra las propias inclinaciones.

Los únicos límites que reconocía su mortificación eran los de la obediencia: ponía esta, sí, coto á las penitencias, no al deseo de hacerlas.—*Conviene tener enfrenado al Hermano Juan*, dijo el Padre Maestro al Padre Vander Cruysen en cierta ocasión; *no se le puede alargar la rienda á cuanto pide*¹. Con el recelo de que su ardor no pasara los términos de la discreción, ibanle siempre á la mano con cortapisas y tasándole las mortificaciones, pues harta penitencia era para sus años el seguir el régimen de la comunidad². A causa de la vigilancia de los superiores, se echantal vez de menos en su vida aquellas sangrientas venganzas que tantos siervos de Dios, aun en la Compañía, creyeron deber tomar de su cuerpo inocente. En verdad, nadie le vió parado al amor de la lumbre, aun en lo más crudo del invierno, en aquellos climas brumosos en que el fuego es socorro de primera necesidad; en verdad, el Padre Vander Cruysen declaró haberle visto hacer penitencias algo más que ordinarias; en verdad, aun en días del

1 Proc. rom., pág. 348.

2 Ibid., pág. 212.

Padre Frizón se guardaban en Malinas salpicadas con sangre sábanas suyas; pero para quien conoce las pruebas del noviciado, ¿qué es todo eso y mucho más, comparado con aquella severa regularidad y aquel estar siempre y en todo colgado de una serie perpetua de ejercicios de devoción, humildad, obediencia, sembrados de mil menudencias, que al par que inmolán lentamente los gustos del amor propio, acaban á la larga por quebrantar los bríos del cuerpo? Y pronto veremos á dónde llegó su fervor en esta materia.

De aquí le nacía aquel dominio sobre sus potencias, movimientos y sentidos, que bañaba toda su persona con un cierto resplandor propio de un ser endiosado. Observóle muy despacio el Hermano Gryso: *Jamás, dice, noté en él gesto ni meneo de enojo ó desabrimiento.*—¿Y quién es el hombre que no concedió alguna vez á la ira sus primeros ímpetus? Él, sin embargo, sonreía dulcísimo siempre que se le ofrecían lances de perder los estribos.—*Tampoco sabría yo certificar*, continúa Juan Callant, *haberle visto una vez tan siquiera fijar en alguien la vista. Parecía no mover un solo miembro sin razón suficiente*¹. Pero ¿á qué amontonar autoridades cuando él propio dijo á Guillermo Stanihurst: *Confieso que más me cuesta levantar los ojos que llevarlos siempre bajos?*

Todos estos reparos eran como baluartes que cercaban y defendían la joya más preciada de su corazón, la pureza, que había de muy niño consagrado á María. Con ser esta virtud en los novicios la menos expuesta á ocasiones, y la que más les reluce á causa de las muchas defensas con que la

1 Proc. rom., pág. 360.

fortifican, la suya echaba de sí sensiblemente rayos que henchían la vista de los compañeros. Dábale horror sumo todo cuanto podía aun livianamente y de lejos empañar su resplandor. Estaban tres novicios una tarde contándose mutuamente las aventuras de su vocación. El angélico mozo oía con gusto, y terciaba también. Sentí un gozo indecible, prosiguió el uno de ellos, cuando de improviso vi, sin saber cómo, rotos los lazos de unas relaciones en que yo, pecador de mí, me había dejado enredar. Por negros de mis pecados, á mí me parecía estar en baño de rosas...—Miren, hermanos, saltó Berchmans desazonado con el olor, quédense allá esas especies aromáticas, serán muy santas y muy buenas; en verdad, no encajan bien con nuestra profesión.

Y si con otros era inflexible, consigo cruel tirano. La modestia y el recato de su dormir mostraban que se tendía en la cama por pura necesidad. Metido en ella, ni el calor excesivo, ni el frío riguroso eran motivos para que mudase de lugar ¹. Por la mañana hallábale la campana de comunidad con los brazos en cruz ante el pecho y con la misma postura en que se había acostado. Nunca experimentó insomnios ni pesadillas: solía asegurar por vía de chanza, que en la cama perdía del todo los sentidos, porque apenas acertaba á oír las nueve, siendo así que se echaba unos minutos antes. Era, cierto, ésta merced del Señor, pero gran parte en ella tuvieron sus propias diligencias. Porque para asegurar el descanso, alrededor de la cama señalaba, al irse á descansar, puesto fijo á cada uno de los santos y ángeles sus devotos, dando á la Virgen María la cabecera, y

¹ Proc. rom., pág. 352.

colocando en medio de este augusto cortejo el crucifijo: suplicaba entonces á los celestes protectores se desvelasen por él y no le quebrasen el sueño durante aquella noche; y como el sueño le tomaba con pensamientos santos, el primero del despertar era espiritual y fervoroso.

IV

¿Qué diremos ahora del holocausto de su propia voluntad? de la fortaleza de ánimo con que ataba su espíritu á las mínimas disposiciones de los superiores? La carta del santo Fundador sobre la obediencia le traía embelesado y absorto, por la gran sabiduría y lumbré de Dios que en todas sus palabras resplandece. De esta virtud solía decir, que era más digno de loa ejercitarla en cosas pequeñas que no en las grandes, cuyo peso inclina por sí la voluntad del inferior. La razón que daba era esta: porque así el obediente muestra al superior más á las claras el mucho caso que de su voluntad se hace, y quien se esfuerza en obedecer con estudio en cosas menores, ¿con qué satisfacción no obedecerá en las mayores? Y añadía: *Si los Hermanos Luis y Estanislao obedecían ciegamente en los oficios, ejercicios, silencio y demás, no era tanto por evitar pecados ni imperfecciones, harto conocían ellos que sin cometer faltas podían obrar con menos puntualidad, cuanto por seguir el impulso de*

sus gallardos corazones y por el ardiente amor que á la obediencia tenían.

Nada podían con su voluntad glosas ó interpretaciones. Para entera seguridad acudía al superior con las dudas. Acaeció una vez estar él en la portería cuando entra un caballero, y al verle, *Bella coyuntura*, le dice; *cabalmente tengo de tratar un asunto con el Hermano Berchmans.—Sí, será con mil amores*, respondió el urbanísimo novicio; *si Vd. me lo tiene por bien, voy al punto á sacar licencia; y luego hablaremos con más holgura*¹.

No había cosa que tanto le atormentase el espíritu como el ver dejaba el superior á su arbitrio la resolución de algún caso, según se verá en éste referido por el Padre Bauteurs. *Dile un día facultad para subir con otros á Monteagudo, y añadí que, si tenía gusto, podría pasar por Diest á ver á su padre.—Por Dios, Padre Maestro, replicó el santo Hermano, determine Vuestra Reverencia lo que debo hacer.—No, respondí, de ninguna manera, déjolo á su discreción.—Cumplido que hubieron mis peregrinos sus devociones, como tomasen al bajar el camino de Malinas, dijo Berchmans á sus compañeros: Válgame Dios, hermanos, ahora hemos de ir á Diest á visitar á mi padre.—Está á cuatro pasos, respondieron; y pues permiso tenemos, vamos allá.—Permiso sí le tengo, replicó, pero no sé...—No dejamos piedra por mover, prosigue el Hermano Suerck, para persuadirle que la intención del Padre Maestro era que fuese á ver á su padre, aunque no se lo hubiese mandado: cuánto más que bien podía la gloria de Dios estar*

¹ Proc. rom., pág. 346.

interesada en aquella visita. Esforzaba él sus razones; trabáronse con las nuestras y animaron el debate, hasta que viendo que durábamos en nuestro dictamen, dijo: Hermanos, ponderen según Dios todas las cosas, y luego diganme su parecer, que yo prometo seguirle en todo.—Después de rezar una Ave María, resolvimos que se debía ir á Diest. Rindióse el obediente sin replicar más palabra.

Su salud por lo endeble no podía pasar á veces con las siete horas de sueño que son de regla en nuestras comunidades; no por eso se tomaba él la libertad de prolongarle, sin pedir licencia la noche antes, y en sintiéndose malo al despertar, daba parte al superior, con cuya autorización volvía á la cama. Su descanso estaba librado en oír la voz de Dios. La de los superiores la consideraba como órgano de la divina: agotaba todos los medios por conocerla lo más claro posible, y ellos tenían sumo placer en manifestársela, pues hallaban en él toda la docilidad de un niño con toda la sencillez de un alma pura.

Muy á menudo se examinaba por las reglas, y hacía pausa en cada una, notando si algo había que enmendar ó perfeccionar.—*¿Cómo hacer, Hermano Berchmans, le preguntó un novicio, para guardar tanta reglita como tenemos? y en particular ¿cómo es posible observar con perfección la del silencio?*—Respondió: *El modo que suelo yo seguir para no quebrantarle es este. Si me encuentro con alguno, le saludo lo mejor que sé; si me pide algo, me pongo á sus órdenes; si me habla, oigo atentamente, y luego respondo, teniendo buen cuidado de excusar palabritas inútiles y que no hacen al caso.—Y cual la doctrina, tal era la práctica. Conferenciaba con él*

un día el Hermano Buyre sobre el orden general del noviciado, por haberle cabido en suerte ser su segundo en el cargo de *portero*; y como la plática fuese ganando campo y derramándose por otros asuntos, la interrumpió el Hermano Juan con su deliciosa sonrisa, diciendo: *Pongamos punto final, no vayamos ahora á faltar nosotros también al silencio* ¹.

En este particular de la regularidad, de que se podría escribir un libro entero, no debemos pasar por alto el testimonio del Padre Hosquio.—*A todos, dice, nos obligaban al estudio del francés por ser útil y hasta necesario en nuestro país. Tomó el Hermano Berchmans con tanto calor esta lengua y dióse tan buena diligencia, que habiendo entrado con solo el flamenco, antes de salir de Bélgica conocía perfectamente los primores de aquel idioma. No poco nos confundía su trabajo y constancia: no obstante las ocupaciones de su cargo, un día no se le pasaba que no compusiese en francés ó tradujese al flamenco. Pruebas dignas de nuestro asombro dió las veces que predicó en el refectorio. Por remate de lo dicho, confieso ingenuamente que menos podía en mí la lectura y meditación de las reglas, que la simple consideración de la fidelidad y exactitud del Hermano Berchmans en el cumplimiento de ellas* ². Son palabras del Padre Hosquio: parecen eco fiel de las del Hermano Buyre que dicen así: *Su observancia regular era edificantísima y nos trata asombrados. En la boca de todos pasaba por otro B. Luis. Desde que le conocí me desconcertó el primor de su regulari-*

¹ Proc. de Amb., pág. 198.

² Proc., pág. 350.

dad. En otros novicios hallaba yo cosas de gran perfección, que no me amilanaban, mas al poner los ojos en Juan me perdía en medio de aquel laberinto de perfecciones diversísimas por su indole, que si me encantaban con su hermosura, me quitaban con su dificultad la esperanza de imitarlas ¹.

¹ Proc. de Amb., pág. 197.

